

La Muerte del Señor Jesús

Un sermón para el Viernes Santo, sobre Lucas 23:46b

Por Rev. G. Van Reenen

Lectura bíblica: Salmos 31 (o *Lucas 23:39-49*)

Salterio 47: 8-11

216: 3, 4

318: 1, 2

232: 1, 2

INTRODUCCIÓN

“Prepárate enseres para la marcha”. Queridos amigos, así fue el mandato del Señor dado a Su siervo Ezequiel (Ezeq. 12:3). Al decir esto, el Señor quería decir que Ezequiel tenía que marcharse, o al menos tenía que prepararse para marcharse. Tenía que juntar sus pertenencias de la casa y marcharse ante los ojos de los israelitas, y esto les tenía que ser una señal que, por causa de sus pecados, Israel pronto se marcharía de su tierra para ser llevado cautivo en Babilonia, junto con su rey Joaquín

“Prepárate enseres para la marcha”. En otro sentido, este mandamiento viene a cada persona. No tenemos ciudad permanente aquí, pues somos peregrinos en este mundo sólo por un tiempo. Algunos viven más años que otros, pero nadie se queda. *“¿Qué hombre vivirá y no verá muerte?”* (Sal. 89:48). Todos tenemos que pasar de la vida a la eternidad, y por lo tanto, nuestra vida debe ser una preparación para nuestra muerte; tenemos que preparar por la eternidad.

“Prepárate enseres para la marcha”. Estas palabras deben llenar con terror al impío y al hipócrita, porque pronto el tiempo de la gracia pasará, y tendrán que rendir cuentas. Sin embargo, estas palabras hacen que los piadosos también tiemblen. Recordemos a Ezequías, cuando Isaías vino y le dijo: *“Ordena tu casa, porque morirás, y no vivirás”* (Is. 38:1). ¡Cuán angustiado se puso Ezequías! Leemos que Ezequías volvió su rostro a la pared, se quejaba como la golondrina, y gemía como la paloma ante el trono de la gracia, rogando que el Señor no le quitara la vida todavía.

“Prepárate enseres para la marcha”. Estas palabras también llegaron una vez a un hijo de Dios que había vivido muy cerca al Señor. Cuando el Señor le habló estas palabras, este hijo de Dios respondió: *“Señor, mi barco está listo para zarpar; sólo tienes que cortar la cadena de plata y me voy”*. (Ecl. 12:6) Y así hizo el Señor, y aquel hijo de Dios fue guiado al puerto que deseaba (Sal. 107:30). Bueno, esto debería

de haber sido una persona muy virtuosa, ¿no?, para que pudiera morir tan fácilmente y con tanta libertad. Así era, pero queridos amigos, el motivo de su partida fácil no fue su propia virtud. Había otra causa, una causa mucho mejor. Y sobre esto quisiera hablar en este sermón, según las palabras de nuestro texto que se encuentran en Lucas 23:46b: *“Y habiendo dicho esto, expiró”*

Queridos amigos, las palabras impresionantes de nuestro texto nos llevan otra vez a Gólgota, donde vemos al Fiador y Salvador de los elegidos de Dios acercándose a la muerte. Hoy vamos a ser testigos de esa muerte, en la cual la justicia de Dios está satisfecha, las perfecciones de Dios son restauradas, y la eterna paz y la salvación son conseguidas para la Iglesia de Dios.

Oh, pueblo de Dios, ¡cuánto sufrió Jesús! ¡Con qué burla y blasfemia más horrible Le hablaron los sumo sacerdotes y los ancianos de Israel mientras fue clavado y levantado en la cruz. Gritaron: *“A otros salvó, a sí mismo no puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él”* (Mt. 27:42). Luego el precioso Jesús tenía que mirar mientras los soldados repartieron entre sí Sus vestidos, echando suertes. Oh, ¿acaso no es eso cruel? Ni siquiera pueden esperar hasta que haya muerto. Con esto, los soldados claramente expresaron que ya se acabaría la vida del Cristo crucificado, y ya no tendría necesidad de Su ropa. ¿Acaso no es terrible ser pronunciado “muerto” aún antes de haber muerto?

Por seis horas Cristo había colgado con Sus manos y pies clavados en la cruz, así sangrando y muriendo en aquel árbol maldito. Cuando Lo miramos, el Mediador y el Dios-Hombre, el único Salvador enviado por Dios, así colgando entre el cielo y la tierra, desnudo y quitado de toda Su gloria, ya vemos el cumplimiento de lo que el Mesías ya había clamado en Salmos 22:14 y 16: *“He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, deritiéndose en medio de mis entrañas... Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies”*. Sí, queridos amigos, cuando miramos al Cordero de Dios así torturado, y cuando vemos a Jesús, el Santo Hijo de Dios, así estirado y clavado en la cruz, entonces todos los que son nacidos de nuevo no pueden hacer más que decir en adoración: “El amor de Cristo excede a todo conocimiento, pues habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta la muerte, y muerte de cruz”.

Durante las primeras tres horas que colgó Cristo en la cruz, el poder del infierno había hecho todo lo posible para hacer fallar al segundo Adán, si fuera posible. Por tres horas se burlaron de Él: *“Y los que pasaban le injuriaban, meneando la cabeza, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, sálvate a ti mismo; si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz”* (Mt. 27:39). Y aun cuando el precioso Jesús habló al ladrón que oraba a Su lado: *“Hoy estarás conmigo en el paraíso”*, todavía escuchamos la burla y blasfemia de los sumo sacerdotes de Israel, diciendo: *“A otros salvó, a sí mismo no puede salvar”*.

Entonces algo sucede que de repente hace que se callen aquellos fariseos burladores y sumos sacerdotes. En pleno mediodía, de pronto se pone muy oscuro. La oscuridad está sobre Calvario, sobre la ciudad de Jerusalén, sobre el templo, y sobre toda la tierra. El sol se esconde y se oscurece, mientras la Luz Eterna, Cristo Jesús, desciende a las profundidades oscuras del infierno y de la muerte. Mientras el Gran Sumo Sacerdote entra el Lugar Santísimo, la oscuridad cubre la tierra al mediodía. Este velo de oscuridad hace que no se pueda ver al Sacerdote del Nuevo Pacto mientras Él paga el rescate por Su pueblo. Por tres horas toda la naturaleza está callada; por tres horas un silencio mortal está sobre Calvario, y durante esas tres horas Jesús también no dice ni una sola palabra. Oh queridos amigos, ¡quién puede explicar las profundidades a las que descendió Cristo para terminar por completo Su obra de redención! Lo que sucede detrás de este velo de tinieblas sólo está visto por el Juez Eterno, Quien hace que Su propio Hijo perezca bajo el ardor de Su ira.

Por fin, después de tres horas de tinieblas, se escucha una vez más la voz de Jesús, y Él Mismo explica el significado de estas tinieblas. *“Elí, Elí, ¿lama sabactani?...Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* Hijos de Dios, su Jesús tuvo que ser desamparado de Dios, y tuvo que experimentar la condición de los que están condenados en el infierno. ¿Es de maravillarse que Jesús, siendo tan torturado por aflicción y dolor, languidece con sed? Él clama: *“Tengo sed”*. Pero la gente se hace sorda a esta queja del Fiador sufriendo, y Le ofrecen vinagre.

Por fin el último centavo ha sido pagado, el último sufrimiento ha sido experimentado, y llega el momento que podemos denominar el momento más importante de la obra redentora del Fiador. Es aquel

momento al cual se refiere nuestro texto: “*Y habiendo dicho esto, expiró*”. El precioso Jesús murió; Él expiro, pero podemos decir en los tres siguientes pensamientos:

- 1. Cristo murió, pero lo hizo completamente por Su propia voluntad;**
- 2. Cristo murió, pero había cumplido toda Su obra; y**
- 3. Cristo murió, pero murió como Uno que es Poderoso.**

PRIMER PENSAMIENTO

“*Quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es*” (Ex. 3:5). Hoy debemos recordar estas palabras que se oyeron una vez de la zarza ardiente, ya que estamos por pisar la tierra en la cual el santo y precioso Cordero de Dios fue matado. Allí veremos la muerte de Él a Quien ustedes, no salvos, hasta este momento se han negado a reconocer como el Rey de su corazón y el Salvador de su alma. ¿Por cuánto tiempo seguirán así? ¿Cuánto más no Le darán su corazón? Allí veremos la muerte de Él Quien ustedes, hijos de Dios, por la gracia necesitan más que su comida y su bebida, y Él para Quien su corazón anhela más que los que vigilan a la mañana (Sal. 130). Sí, hijos de Dios, vamos a ser testigos de la muerte de Él en que ustedes, por la fe, han encontrado su Fiador y su Redentor. Oh, cuando pisamos ese monte de Calvario para ser testigos de los últimos momentos de Jesús, hagámoslo con un corazón lleno de tristeza apropiada, y con el conocimiento de que nuestros pecados son la causa de la muerte de Jesús. No obstante, hagámoslo también con un corazón lleno de gozo apropiado, sabiendo que Él ha resucitado de la tumba.

¡Escuchen! Una vez más Jesús habla de la cruz. Escuchemos con cuidado, porque son las palabras de una Persona agonizando. Sin embargo, no son palabras susurradas, como normalmente es con alguien que agoniza. Al contrario, Jesús clama a gran voz: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*”. “*Y habiendo dicho esto, expiró*”.

Cristo murió completamente de Su propia voluntad. Por supuesto alguien me dirá: “¿Qué evidencia tienes de que Cristo murió de Su propia voluntad? Esto es muy evidente del testimonio del Evangelio,

donde nos dicen con énfasis que Jesús “entregó el espíritu” (Mateo 27, Juan 19) No se puede decir esto sobre un hombre cualquiera. Uno muere de debilidad; otro muere en un accidente y repentinamente se le quita la vida. Sólo Jesús puede “entregar el espíritu”. El hombre lucha para evitar la muerte. Satanás dijo al Señor: “*Piel por piel, todo lo que el hombre tiene dará por su vida*” (Job 2:4). Es cierto que algunas personas mueren muy pacíficamente, pero aun así ellos no pueden “entregar el espíritu”. Algunos, por la gracia de Dios, están felices cuando llega muerte, porque saben con el apóstol Pablo que el partir y estar con Cristo es mucho mejor. Pero aun ellos no entregan el espíritu. No es posible que nosotros desatemos las cuerdas con las cuales estamos atados a la vida. Es posible que digamos con Simeón: “*Ahora, Señor, despides a tu siervo en paz*” (Lc. 2:29), pero no tenemos el poder para decir: “Ya me voy”. Sólo Uno podía hacer eso, y era Cristo. Él Mismo dijo acerca de Su vida: “*Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla, y tengo poder para volverla a tomar*” (Jn. 10:18). Vamos a considerar varias maneras por las cuales podemos decir que Cristo murió de Su propia voluntad.

En primer lugar, Cristo murió a pesar de Su poder. ¿Acaso no fue Él el Creador Todopoderoso de la vida? Por eso él dijo: “*Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo*”.

En segundo lugar, Cristo murió a pesar de Su santidad. Los pecadores *tienen que* morir, porque Dios ha dado la sentencia de la muerte sobre el pecado. La paga del pecado es la muerte. Sin embargo, Cristo, cuya muerte estamos considerando, no ha conocido ni cometido ningún pecado, y por eso la muerte no tiene ningún poder sobre Él. Al contrario; Cristo tiene poder sobre la muerte.

En tercer lugar, Cristo murió a pesar de las palabras de advertencia de Sus discípulos. ¡Cómo los queridos discípulos querían disuadirle de morir! Cuando Jesús habló acerca de Su muerte, Pedro dijo: “*En ninguna manera esto te acontezca*” (Mt. 18:22). ¡Cuánto miedo tenían los discípulos de que Cristo estuviera en peligro! Le dijeron: “*Rabí, ahora procuraban los judíos apedrearte, ¿y otra vez vas allá?*” (Jn. 11:8).

En cuarto lugar, Cristo murió por Su propia voluntad a pesar de la tristeza de Sus amigos que lloraban. Oh, ¡cuán tristes estaban, aun cuando Él sólo mencionaba Su muerte! Dijeron que darían su vida

por Él, si tan sólo no muriera Él. No obstante, a pesar de todos sus ruegos y lágrimas, no pudieron impedir que Él muriera.

Por último, Cristo murió por Su propia voluntad a pesar de las blasfemias de Sus enemigos, quienes Lo injuriaban diciendo: “*Sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz*” (Mr. 15:29), y “*Si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él*” (Mt. 27:42). Aun los ladrones que fueron crucificado con Él Lo injuriaban, y uno de ellos dijo: “*Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros*” (Lc. 23:39). Ninguna de estas palabras pudo impedir que Cristo entregara el espíritu. Sí, queridos amigos, Cristo murió de Su propia voluntad.

Y, ¿de qué clase de muerte está Cristo dispuesto a morir? No fue como la muerte de Jacob. Aquel patriarca experimentó una muerte bendita, ya que pudo encoger sus pies en su cama y decir: “*Tu salvación esperé, oh Jehová*” (Gn. 49:18). La muerte que tiene que experimentar Cristo no es aquella muerte que Pabla llamó su “ganancia” (Fil. 1.21). Hijos de Dios, Cristo no murió la muerte que nosotros podemos morir, porque, como dice la Respuesta a la Pregunta 42 del Catecismo de Heidelberg, nuestra muerte es “una liberación del pecado y un paso hacia la vida eterna”. Al contrario; Cristo tuvo que experimentar una muerte dolorosa, vergonzosa y hasta maldita. Él tuvo que encontrarse con la muerte armada con todo su terror y miseria. Murió la muerte de uno condenado, de un reprobado, de uno con quien Dios está airado, de uno condenado al infierno. Sí, Cristo tuvo que morir por esa clase de muerte.

Oh, ¡qué milagro eterno! Sólo si Él hubiera dicho una palabra, Su Padre Le habría dado más de doce legiones de ángeles que son muy poderosos y que se postran a Sus pies con reverencia, escuchando la voz de Su Palabra. Y aun así, Cristo no dice ninguna palabra, sino: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*”. Él Mismo se entrega a aquel monstruo que se llama la muerte. Todo esto debe ser suficiente para convencerles que Cristo murió por Su propia voluntad,

Sin embargo, quizás alguien pregunta: ¿Qué evidencia esta muerte voluntaria de Jesús? Responderemos que es evidencia de tres cosas preciosas.

En primer lugar, nos muestra Su amor inexpressable por pecadores. ¿Por quiénes entregó Cristo el espíritu? Lo hizo por una multitud de pecadores miserables y condenables que por su propia voluntad han

traído el juicio de la muerte sobre sí. ¿Por quién murió Jesús? Lo hizo por un pueblo que han merecido la ira de Dios; lo hizo por una tropa de enemigos, viviendo con odio y envidia y en un estado miserable, y lo hizo por personas que por naturaleza se niegan a reconocerlo como Redentor y Rey. Más bien, lo hizo por personas que dicen por naturaleza: *“Apártate de nosotros, porque no queremos el conocimiento de tus caminos”* (Job 21:14), y *“No queremos que éste reine sobre nosotros”* (Lc. 19:14). ¿Por quiénes murió Jesús? Lo hizo por ladrones que se burlaban de Él, y por soldados que Lo maldecían. ¿Quisieran saber por quiénes Jesús entregó el espíritu? Pregúntenle a aquel pueblo, que por la gracia descubridora de Dios ha aprendido a conocerse en su propia maldad abominable. Ellos les dirán por cuáles criaturas más corrompidas y culpables Jesús entregó el espíritu.

En segundo lugar, la muerte voluntaria de Cristo demuestra Su fidelidad inmutable. Por encima del Jesús agonizante podríamos escribir: “Fiel hasta la muerte”. Él fue fiel a Su Padre. En el Consejo de Paz, y según las exigencias de Su Padre, Él había pactado a hacer la voluntad de Dios, diciendo: *“He aquí, vengo...El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado”* (Sal. 40:7, 8). Él vino al mundo para sacrificarse a las llamas de la ira de Dios, como el Cordero de Dios sin mancha. En Su muerte voluntario podemos ver que Él cumplió con Su parte del pacto.

También Cristo es fiel a Sus promesas. Él había acordado con Su Padre y prometido a Su Iglesia que Él vencería la muerte y conseguiría la victoria. Aquí en Gólgota, Cristo es fiel a esas promesas, cumpliendo todas esas promesas para el consuelo y la salvación de Su amado pueblo.

Cristo también es fiel a Su amor. Aquí vemos claramente la verdad de las palabras de Juan 13:1: *“Como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin”*.

También es fiel a Su pueblo. Aunque ellos son infieles, Él siempre es fiel. Aun Pedro, quien Lo negó con un juramento, y los demás discípulos que Lo abandonaron y huyeron en la hora de peligro, no hicieron que Él no cumpliera Su palabra o cambiara la promesa que había hecho.

En tercer lugar, la muerte voluntaria del Señor Jesús revela como si fuera un mar de consuelo para Su pueblo escogido. Ahora que Cristo está sentado en el trono de la gracia y gloria para siempre, Él quiere mostrar ese mismo amor a Su Padre, ese mismo amor a pecadores, y esa misma fidelidad que Él mostró

en la cruz. ¡Qué consuelo es para ti, alma oprimida, y para ustedes, hijos infieles del pacto! Su Jesús es y se queda fiel hasta la muerte.

SEGUNDO PENSAMIENTO

“Y habiendo dicho esto, expiró”. En nuestro segundo pensamiento, vamos a considerar el hecho de que Cristo murió, pero había cumplido toda Su obra. Ni un minuto antes o después Cristo voluntariamente se entrega a la muerte. Queridos amigos, primeramente Jesús tenía que poder decir: “Consumado es”. Antes de morir, Él tenía que cumplir toda Su obra. Una vez que había llegado aquel momento, pudo inclinar la cabeza y entregar el espíritu. ¡Su obra se había cumplido!

Quizás se pregunta: “¿Qué obra se había cumplido?” Nuestra respuesta sería que cumplió toda la obra que Él Mismo había tomado para Sí. Fue una gran obra; fue algo que sólo Jesús pudo cumplir durante Su vida breve en la tierra. Fue la obra pesada e importante del Fiador. ¿Quisieran escuchar acerca de esa obra más detalladamente?

En primer lugar, Jesús pagó la gran deuda que se había hecho por una multitud innumerable de pecadores, por la cual los miles y miles de hijos de Dios eran condenables ante Dios. Jesús pagó todo ese montón de deuda, y la quitó con el precio de Su vida, Sus sufrimientos y Su muerte.

En segundo lugar, Jesús ha apagado la ira terrible del Todopoderoso, aquel fuego que hemos encendido nosotros por medio de nuestros pecados, y que será el infierno para todos los que perecen fuera de la sangre de Cristo. Él ha apagado esa ira con Su propia sangre santa; gota después de gota caía, hasta que todo el fuego de la ira de Dios fuera apagado. Ahora, para el pueblo de Dios ese fuego ha sido apagado, y no hay ira de Dios contra Su pueblo.

En tercer lugar, Cristo conquistó el pecado con Su muerte. Aquella planta venenosa, la cual hemos traído nosotros mismos en el huerto de nuestro corazón, y la cual ha corrompido por completo nuestra naturaleza y ha hecho que nuestro corazón sea un desierto, ya ha sido destruida. Jesús ha conquistado aquel pecado. Lo hizo al dejar que esa planta venenosa hiciera su trabajo en Su propio corazón santo, y luego Él destruyó toda la planta, con la raíz y todo, para que pueda proclamar las buenas nuevas a Su pueblo: “Ahora el pecado no tendrá dominio sobre ti, pues ya no eres bajo la Ley sino bajo la gracia”.

En el cuarto lugar, Cristo ha ganado la vida por Su pueblo, es decir, la vida de la bendita comunión y favor de Dios. Los hijos de Dios reciben algo de esa comunión aquí en la tierra, y serán partícipes de ella para siempre en el cielo. Cristo ha ganado esa vida eterna por medio de Su obediencia perfecta a todas las demandas de la Santa Ley de Dios.

En quinto lugar, Cristo les quitó a la muerte y al infierno su poder y tiranía para siempre. Él conquistó la muerte al no amar a Su propia vida, y al dejarse ser llevado como cordero al matadero.

En sexto lugar, por Su muerte Cristo consiguió todo de lo que consiste la salvación del hijo de Dios. Les consiguió el cielo, el manto de la justicia, y la corona a través de Su vida de pobreza, vergüenza y desdén. ¡E hizo todo eso para los rebeldes!

Por último, por Su muerte Cristo ha glorificado el Nombre de Dios, restaurado Su honor, y demostrado gloriosamente Su majestad. Él sí pudo decir: “*Yo te he glorificado en la tierra*” (Jn. 17:4). Pueblo de Dios, aquí en Gólgota las perfecciones de la justicia y la gracia de Dios brillan perfectamente.

Ahora bien, vamos a considerar *cómo* Jesús cumplió Su obra. Realmente Él trabajó mientras que era el día. Desde el pesebre hasta la cruz, se ocupaba en Su obra día y noche. En este momento no podemos entrar en los detalles de Su obra, pues tendríamos que explicar toda Su vida, porque Su vida era hacer Su obra. No obstante, podemos decir que no inclinó la cabeza ni entregó el espíritu hasta poder decir: “Consumado es”. Estas palabras, llenas de significado, hicieron temblar el infierno, regocijarse los pecadores, y exaltarle en los cielos.

Queridos amigos, fijémonos en el ejemplo que Jesús nos dio. ¡Cuántas veces la Palabra de Dios nos exhorta a ser diligentes! Nosotros también estamos en este mundo para hacer una gran obra, es decir, preparar por la eternidad que se nos acerca. La Biblia nos exhorta: “*Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor*” (Fil. 2:12) En otra parte de la Biblia se nos amonesta: “*Volveos, volveos de vuestros malos caminos: ¿Por qué moriréis, oh casa de Israel?*” (Ezeq. 33:11). Otra vez leemos: “*Procurad hacer firme vuestra vocación y elección*” (1 Pedro 1:10). Oh, que el Señor sea glorificado en nuestra salvación, y que nuestra alma sea refugiada en el Arca, que es Cristo Jesús. Qué lleguemos a conocer al Fiador para nuestra culpa y a Dios para nuestra alma.

Esto debe ser nuestra preocupación principal, para que cuando el Señor nos dice: *“Prepárate enseres para la marcha”*, podamos decir: “Señor, estoy preparado”. Eso, entonces, es nuestra obra y trabajo.

También hay un tiempo designado para esta obra. El Señor Jesús dijo que es necesario trabajar *“...entre tanto que el día dura; la noche viene, cuando nadie puede trabajar”* (Jn. 9:4). Ese tiempo es desde el día de nuestro nacimiento hasta el día de nuestra muerte. Es el “día de la gracia”, el tiempo de buscar a Jehová mientras pueda ser hallado. Ese tiempo es más largo para algunas personas y más corto para otros, pero aunque vivimos hasta 80 años, el fin de nuestra vida llegará. Por eso la Palabra de Dios dice: “Hoy”: *“Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestro corazón”* (Sal. 95:7).

Oh, ¡cuántas miles de personas no ponen ninguna importancia en ese día de la gracia! La Palabra de Dios dice: “hoy”, pero los hombres dicen: “No ahora, sino más tarde”. En el tiempo de nuestra juventud pensamos que somos demasiado jóvenes para pensar en las cosas tan solemnes como la conversión, e imaginamos que cuando seamos mayores pensaremos en ello. Luego, cuando estamos casados, estamos demasiado ocupados con nuestras familias, y pensamos que cuando nuestros hijos sean adultos dedicaremos tiempo a buscar a Dios. Y así va la vida. Hay tiempo para todo menos lo más importante. La madre cuida a sus hijos y su casa con una diligencia ejemplar; el padre trabaja diligentemente para sostener la familia, pero, ¿no hay tiempo para la salvación de nuestra alma!

Es así que la muerte encuentra a muchas personas no preparadas. La Palabra de Dios nos exhorta a apurarnos por nuestra vida, pero el hombre dice: “Todavía tengo tiempo”. El Señor nos dice: *“Buscad primeramente el reino de Dios”* (Mt. 6:33), pero el hombre dice: “Primeramente las cosas temporales, y luego las cosas eternas”. Esto es, como si fuera, el carro en el cual el diablo ha llevado a millones de personas al infierno.

Felizmente hay otros, que no son mejores que aquellos que hemos mencionados, sino que son más privilegiados. Hay personas que *tenían que* escuchar los llamados del Señor, porque ese llamado fue acompañado por el Espíritu Santo. Cuando el Señor llama: *“Despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo”* (Ef. 5:14), entonces nos despertamos y nos levantamos. Y cuando Él nos dice: *“Ocupaos en vuestra salvación”*, comenzamos a hacerlo aún sin darse cuenta. Tales personas

reciben como si fuera una cuenta con toda su deuda, ¿no es cierto? Sus ojos son abiertos para ver su estado perdido, y comienzan a preocuparse sobre sus pecados. Oh, piensan: “¿Cómo puedo pagar la deuda que tengo con Dios? No tengo Dios, y he provocado Su ira con mis pecados. ¿Cómo puedo ser convertido a Dios? ¿Cómo es posible que Dios retenga Su honor y que yo sea salvo a la misma vez?” Estos son los asuntos que comienzan a ocupar la mente de una persona despertada.

Estos pensamientos no hacen que la persona sea ociosa. Al contrario, esa persona comienza a hacer todo lo posible. Queridos amigos, esa persona ahora *tiene* tiempo; sí, esa persona hace que haya tiempo para las cosas eternas. Un pecador así ya comienza a orar, suplicar, leer la Palabra de Dios, y usar los medios de la gracia. No tienen ningún reposo hasta que sepa que ha sido salvo. Estas personas no tienen ningún reposo hasta que puedan saber que su alma está refugiada en Cristo, que la obra de Cristo les es imputada y, por la fe, abrazada por ellos como si fueran ellas mismas que hubieran cumplido las demandas de la Ley. Oh, hijos de Dios, ¡cuán privilegiados son!

Antes de terminar con nuestro tercer pensamiento, vamos a cantar del **Salterio 318, estrofas 1 y 2.**

TERCER PENSAMIENTO

En nuestro tercer pensamiento, vamos a decir algo sobre cómo murió Jesús; Jesús murió, pero como Uno que es Poderoso. Jesús murió valientemente. Consideremos los poderes que Él ha conquistado.

Jesús conquistó la muerte, aquel enemigo que da terror a todos. Jesús conquista esa muerte. No es que la muerte haya conquistado a Jesús, sino al contrario: Jesús conquistó la muerte voluntariamente para así quitar ese monstruo de su poder, de su aguijón, y de su terror. Jesús se lanza hasta la boca de la muerte, dejando que el aguijón de la muerte penetra hasta lo profundo de Su vida. Como el Poderoso, Jesús se echa en el poso de la muerte, para que ese poso no tragara a Su pueblo para la eternidad. Sencillamente, Jesús entregó el espíritu.

Oh queridos amigos, ¡qué valor se requiere para morir voluntariamente la muerte de los condenados! Hijo de Dios, nunca pienses que Jesús murió por causa de debilidad, o falta de sangre o cosa del estilo. No, Él tenía toda Su fuerza todavía. Escucha aquella gran voz que clama: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*”. Otras personas mueren, y luego se inclina su cabeza, pero Jesús primeramente

inclina la cabeza y luego entrega el espíritu. La novia de Jesús, que es la Iglesia, se encuentra en la muerte, y cuando Cristo inclina la cabeza, es como dijera a Su novia: “Heme aquí; vengo para sacarte de la boca de la muerte para siempre, y para darte la vida”.

Por último, vamos a considerar el camino que hace Jesús a través de Su muerte. Cristo anda en el terrible valle de la muerte delante de Su pueblo. Cuando Él se encuentra con esos poderes temerosos, los conquista a la misma vez, para que Su pueblo pueda decir: “*¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?*” (1 Cor. 15:55). Es cierto que muchas veces los hijos de Dios todavía tienen mucho miedo de ese último enemigo. No obstante, el poeta del Salmo 23 habla de la valle de la **sombra** de la muerte, y así es, porque la esencia de la muerte ya ha sido conquistada para el hijo de Dios. Sólo queda la sombra. Es cierto que una sombra nos puede dar terror, pero no puede hacernos ningún daño. Es más, una sombra es la prueba de que hay luz, pues sin luz es imposible que haya una sombra.

Aquí, entonces, se encuentra expresado el fruto de la muerte voluntaria y valiente de Jesús. La muerte sólo queda como una sombra, y hay luz en ese valle de la sombra de la muerte, el cual tenemos que cruzar al final de nuestro peregrinaje terrenal. Es por eso que Jacob pudo esperar tranquilamente en su cama. No dijo que esperaba la muerte, sino que dijo: “*Tu salvación esperé, oh Jehová*” (Gn. 49:18). ¡Esperaba la salvación que había sido ganada por Jesús! Bueno, hijo de Dios, cuando hayamos terminado nuestro camino aquí abajo, vamos a recibir la corona. Esta vida es nuestra “semana” de trabajo, y cuando terminemos vamos a recibir nuestra paga.

No es de maravillarse que Balaam y los miles de personas como Balaam en nuestro día quieren morir la muerte del hijo de Dios. No tienen el deseo de vivir con el hijo de Dios, ¡nada que ver! Oh, una vida tan sobria es demasiado estricta para ellos. No, ellos no quieren vivir con los hijos de Dios, sino más bien se burlan de ellos o les hacen lo más daño posible. Sin embargo, cuando los impíos se ponen enfermos, entonces quieren que los hijos de Dios oren por ellos, y quieren morir con Jacob, con el pobre Lázaro, o con aquellos nazarenos tan despreciados. No obstante, aquellos que no querían vivir y compartir con los justos no morirán con ellos ni heredarán lo que reciben los justos en el cielo. La ley del Reino de Dios es que lo que siembra el hombre, eso es lo que cosechará. Oh, aquellos entre nosotros que no son salvos,

piensen en eso y llévenlo a su aposento. Aprenden a implorar por lo que necesitan para vivir en consuelo y morir en paz.

Oh pueblo de Dios, ¡mira lo que el pecado ha costado a tu Jesús! Mira una vez más aquel cuerpo torturado. Eso es un resultado de nuestro pecado. Que nos enseñe a evitar el pecado como si fuera la plaga.

¡Qué gran amor mostró Jesús hasta el final! Que esto hace que arda el amor en nuestro corazón. ¡Qué fidelidad ha mostrado Jesús! Y Él siempre será fiel; oh, que nos urja a perseverar tanto en nuestra doctrina como en nuestra vida.

Y ahora Cristo ha experimentado una muerte maldita para que Su pueblo pueda experimentar una muerte bendita. Hijo de Dios, que el Señor nos otorgue la gracia de no esperar hacer la obra de cielo hasta que lleguemos al cielo. Que Dios nos otorgue la gracia de esperar tranquilamente la hora de nuestra muerte, confiando que cuando venga la muerte, Él nos dará la gracia para morir. Hijo de Dios, tú has sido comprado por un precio, así que glorifica a Dios con tu cuerpo y espíritu, ya que pertenecen a Dios.

Por último, ¿hay algunos de ustedes que son débiles en la fe y no se atreven a pensar que todo estará bien? Oh alma preocupada, es necesario saber un secreto para poder esperar la muerte tranquilamente. Las promesas de la Biblia, las palabras del Salterio, y los sentimientos preciosos son indispensables como señales de la vida espiritual y como comida para el alma, ¡pero no te pueden dar reposo! Sólo encontrarás ese reposo cuando puedas decir: “Jesús murió en Calvario, y yo morí en Él y con Él”. Eso es el secreto del único reposo que experimentan los hijos de Dios que están más establecidos en la fe. Si somos muertos con Cristo, también viviremos con Él. Que el Espíritu Santo te lleve a ti y a todos Sus hijos a ese paso en la vida de la fe, y que al mismo fin el Señor bendiga lo que hemos hablado y escuchado, Amén.